

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

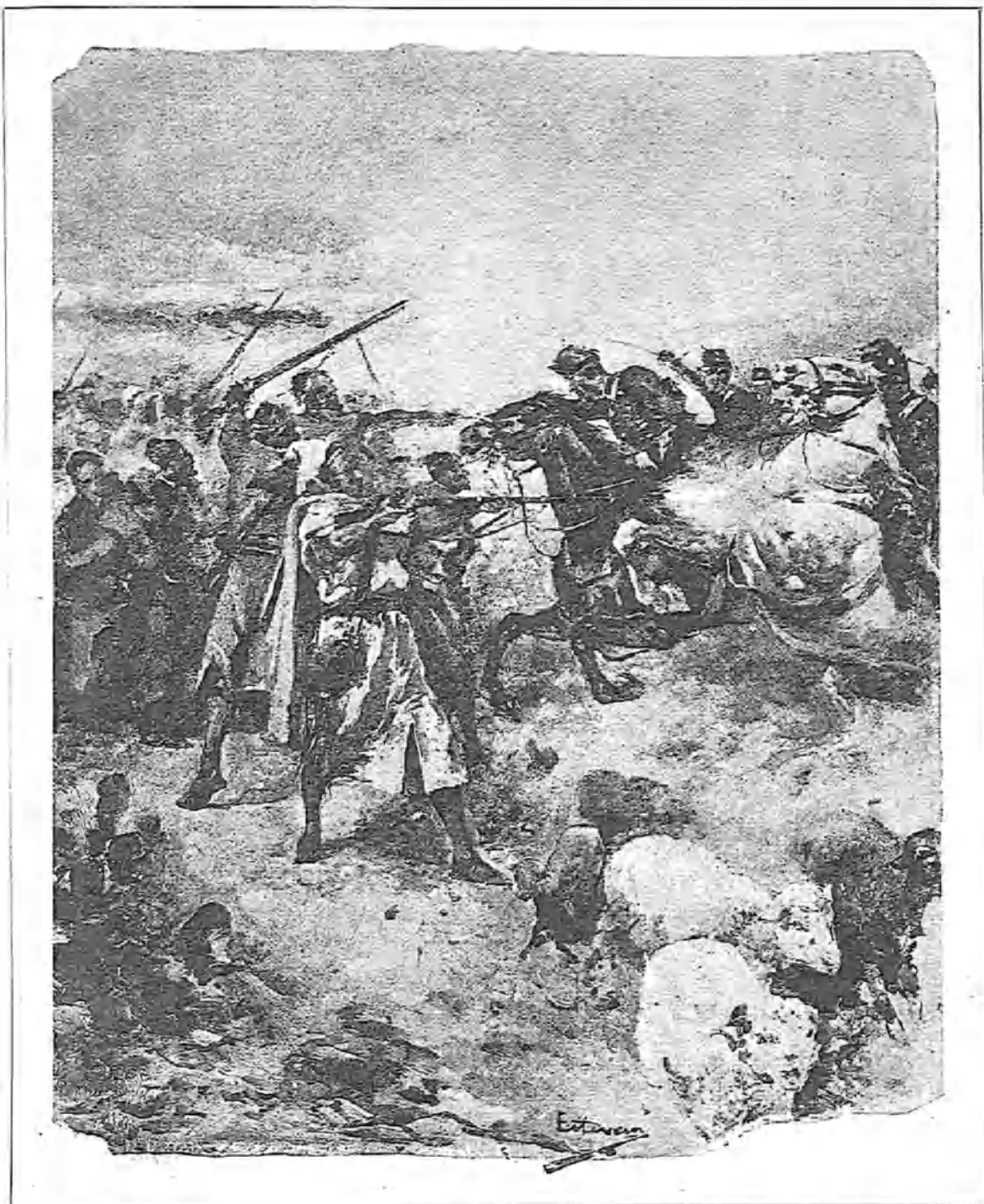
Domingo 22 de Octubre de 1893.

NÚMERO 17.

DIRECTOR:

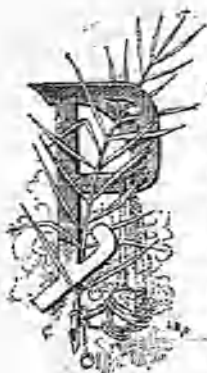
Carlos Frontaura.

MELILLA



LA CARGA DEL BIZARRO TENIENTE GOLFÍN EL 3 DEL PRESENTE MES

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE E. ESTEVAN



RESENTÓ D. Venancio la dimisión hace ocho días, y D. Práxedes, que, cuando no se puede mover, es cuando se muestra más activo, reemplazó inmediatamente al desbrido manchego dimitente, de Ministro, no de manchego, con el atildado Puigcerver, uno de los más significados adversarios, en lo económico y financiero, del terrible Gamazo. En política ya no puede asombrar á la gente ningún absurdo, por enorme que sea; se han visto ya tantos... Porque si fuera de otra suerte, á estas horas estaría todo el mundo asombrado de que cupieran juntos en el costal del Gobierno, un librecambista como el uno y un proteccionista como el otro.

Esta variación de Ministro no tiene ninguna importancia para el país en general, porque, después de todo, tan bueno es Pedro como su compañero. Únicamente la tiene para los amigos del que se va y los amiguitos del que entra. Aquellos pensarán, temiendo que puedan correr peligro las brevísimas que disfrutaron: —«Pero ese Venancio, qué tozudo es!... Se le puso en la mollera dejar el Ministerio, y lo dejó. El hombre temió lo que se le venía encima con las elecciones; pero ya podía haber aguantado el chubasco, siquiera por sus amigos.» Y los amiguitos de Puigcerver, que todavía no hayan obtenido colocación porque tampoco la tenía su patrón, dirán: —«Hombre, á ver si quiere Dios que Joaquinito nos dé la mano; ahora ya no puede disculparse como hasta aquí con que él está en una situación especial y no puede pedir nada. Además, que siempre ha dicho: «Hay que tener paciencia. En cuanto yo entre en el Ministerio haré por mis amigos esto y lo otro.» Pues ya ha entrado. Á ver si ahora se olvida de los que siempre estamos cantando sus alabanzas.»

Considero más ventajosa la situación de D. Venancio, que dejando de ser Ministro se libra de moscones. El otro tendrá que sufrírselos, y ya le mando paciencia, porque con los moscones que le pidan y la mosca de Gamazo, ya tiene lo que necesita para que no le sepa á gloria el Ministerio.

—Oye, tú—dice D.^a Nemesia á su marido Juan Nominilla, auxiliar 12.^o de Administración local,—me han dicho en la tienda que ha caído D. Venancio, tu amigote del Círculo.

—Sí, se ha dejado caer el solo, por su propio peso.

—Pues á ver si caes tú también.

—Dios me libre.

—Yo que tú iría á ponerme bien con el nuevo.

—No le conozco.

—No importa. Vas y le dices: «Sepa V. E. que yo estoy colocado por D. Venancio, y que somos uña y carne, y mire V. E. que tengo tres hijos y mi señora y su mamá.»

—¡Valiente caso hacen los Ministros de los hijos y de las señoras y de las mamás de los demás!

El hogar moderno ha sido el primer estreno importante de la temporada teatral, y no ha gustado á los señores. Ha sido uno de esos fracasos que hacen un flaco servicio á la Empresa. Cuando una comedia tiene un éxito malo, franco, ruidoso, la Empresa la retira del cartel, y pone al día siguiente otra del repertorio, que lleve gente al teatro; pero cuando el fracaso es como el de *El hogar moderno*, que el público se traga con paciencia la comedia, y no aplaude ni dice nada, ni se incomoda, ni se ríe... la Empresa tiene que poner en escena tres ó cuatro ó seis días más la obra, que no le produce ningún beneficio y le quita el que otra le produciría.

El hogar moderno es una comedia anodina, sin novedad, sin caracteres ni cosa que lo valga; no ofrece ningún interés, y está enteramente fuera de sazón. El público quiere hoy algo más que eso en el teatro. El autor ha hecho mejores comedias que *El hogar moderno*. Algunos periódicos, para decir algo bueno de la comedia, han dicho que está gallardamente escrita. ¡Pues no faltaba más sino que estuviera escrita con los pies! Yo no sé qué mérito es ese de la gallardía. Quien escribe para el público ha de escribir bien, correctamente. Es lo menos que se puede exigir de quien se llama escritor. Por supuesto que una comedia puede estar escrita con toda la gallardía imaginable, y ser, sin embargo, una obra teatral detestable.

Se trató en el Ateneo si la forma poética estaba llamada á desaparecer, y creo que no se resolvió la cuestión. Yo creo que no desaparecerá, porque eso de escribir versos es un gusto muy regalado para muchos mortales. El encanto de la rima tiene poderosísimo atractivo. Hay quien daría muchos miles de duros por saber hacer un soneto, y publicarlo con su firma. ¡Cuántos envidiosos no habrá tenido Zorrilla! Nadie ha admirado á Núñez de Arce como ministro, pero como poeta; cuántos no quisieran saber escribir versos como él los esculpe!... ¡Qué desesperación iguala á la de los imitadores de Campaños, porque á éste le admira todo el mundo y á ellos nadie les hace caso!...

Me ha ocurrido hablar ahora de versos, porque hoy, con intervalo de una hora, he recibido tres libros de versos, tres nada menos, uno impreso en Madrid, otro en Santander y otro en Sanlúcar de Barrameda. El primero es de un autor ilustre, de un extranjero á quien consideramos y queremos, como si fuera español, todos los que en España tiramos de la pluma. El general mejicano D. Vicente Riva Palacio es el autor de un precioso libro que titula *Mis versos*, versos que le acreditan de inspirado poeta, es decir, de verdadero poeta. No son muchas las composiciones reunidas en el libro del Sr. Riva Palacio; pero ellas bastan para demostrar lo bien que piensa y siente el autor, y lo bellamente que lo expresa. Como prueba de que lo que digo es cierto, voy á copiar únicamente un soneto de los que contiene el libro. Titúlase *A media noche*, que es, sin duda, la última noche del año:

«Sueñan las doce! Alegre movimiento
Responde á las sonoras vibraciones,
Y músicas, y gritos, y canciones
Lleva en sus ondas presuroso el viento.
¡Un año terminó! Surge el momento
Que atrastra los ignotos eslabones
De otro año, que, prestado de ilusiones,
Contempla en su delirio el pensamiento.
Y mientras tanto, el tiempo inenarrable
Las horas de su reino desprendidas,
Arroja en el abismo inexcrutable
Donde van las edades confundidas;
Y en su carrera sigue infatigable
Sembrando cunas y segando vidas.»

Entre las demás composiciones del Sr. Riva Palacio señalaré como muy bellas *Sor Magdalena*, tradición; *La flor*, y los episodios históricos *Lorenzillo* y *Bigotes*. Y como el espacio falta, me limito á felicitar al ilustre general, dignísimo representante de Méjico en España, Sr. Riva Palacio.

Los otros dos libros de versos pertenecen á jóvenes que empiezan. Titúlase el uno *Del alma!*, y las poesías que contiene las ha escrito D. Federico Iriarte de la Banda, hijo del que fue mi amigo muy querido, el ilustre general D. Martín de Iriarte. Son muy estimables las

poesías del Sr. Iriarte; las esmaltran pensamientos delicados; las inspiran afectos tiernos y generosos, y cuida, ante todo, el autor de que resalte en todas ellas el sentimiento católico; apreciables cualidad, digna del mayor encomio. El libro del Sr. Iriarte constituye una promesa lisonjera para la poesía cristiana; felicito al simpático autor y le envío un apretón de manos, y solo tengo que decirle: «¡Adelante! ¡Adelante!»

El tercero de los libros es un librito de escaso volumen, que se titula *Hojas de Otoño*. Lo ha escrito D. Joaquín López González y lo dedica a la memoria de don José Zorrilla. El autor debe estudiar, leer buenos modelos y utilizar sus felices disposiciones después de haberse empapado bien en los buenos autores. Todos, cuando jóvenes, nos hemos arrancado con algún vomito de versos, que luego, cuando hombres maduros, queremos olvidar y quisieramos no haberle publicado.

De la cuestión de Melilla no podemos decir mucho. El entusiasmo popular no decae un punto, y si es verdad que, como dicen los italianos, *quien va piano va lontano*, el Gobierno nos llevará muy lejos, porque con más parsimonia que el Gobierno marcha en esta cuestión de honor nacional no es posible marchar. Verdad es que como el jefe del Gobierno no puede andar, todo el Gabinete se resiente de esta dificultad de locomoción. El día 2 fué el ataque infame de los moros á nuestros escasos y valientes soldados, y hubiera sido muy honroso y muy digno que el día 4, lo más tarde, nuestros cañones les hubieran arrasado sus guaridas, y nuestra caballería los hubiese acuchillado, y nuestra infantería los hubiera cazado como alimañas daninas. Desgraciadamente no ha podido ser así, y ahora cada vez serán mayores las fuerzas y los recursos que se necesitan, y nuestro Gobierno puede que al fin quede bien, yo lo deseo, pero me temo que pueda quedar mal. Dios no lo quiera.

Entretanto nuestros soldados, ansiosos por castigar al moro y enaltecer la hora de la patria, esperan alegres, como nunca, la hora de pelear, la hora de vengar a los valientes que sucumbieron el día 2.

La opinión pública sigue en la misma *textura* que el primer día. Todo el mundo tiene la vista fija en el Gobierno, y quiere que el Gobierno marche, y marche de prisa, en el sentido que la opinión pública señala; quiere que marche ó que se marche.

La señora Dardée, cuyo retrato dimos en el número anterior, ha obtenido un brillantísimo éxito en *Los Haganotes*. Seguramente no se ha oído una *Valentina* semejante, y eso que hemos oído muchas *Valentinas*. Es una grande artista, y la Empresa del Teatro Real ha dado notoria prueba de conocer perfectamente el personal artístico de estos días contratándola. El público ha tributado á la señora Dardée la ovación más grande y más unánime. El Paraíso la ha aclamado

con el mayor entusiasmo, y es sabido que el Paraíso no se entusiasma así como se quiera.

A propósito de la señora Dardée, debemos decir que hemos hecho nueva tirada del núm. 16, que contiene el retrato de la *bravísima* soprano y el de nuestra compatriota señorita Guerrero, la actriz tan

NOTA ARTÍSTICA



TIPOS MARROQUÍES

DIBUJO DEL INOLVIDABLE MARIANO FORTUNY.—Grabado por Rico.

querida de nuestro público. Las personas que quieran adquirir dicho número, pueden pedirlo á nuestra Administración, y lo serviremos sin aumento de precio, es decir, por 20 CÉNTIMOS.

Y ahora, si ustedes me lo permiten, voy á recomendarles la adquisición de un libro que lujosamente impreso, y con dibujos de Angel Fons, acaba de publicarse. Se titula DOCUMENTOS HUMANOS (*Gente que anda por ahí*), y tengo muchísimo, pero muchísimo interés en que lo comprén ustedes, y creo que comprenderán cuán sinceramente digo que me interesa la venta del libro; me interesa porque del libro que recomiendo es autor

C. FRONTAURA.



No puedo contemplarlos un instante, rascando el violín ó golpeando el piano, sin sentirme lleno de piedad profundísima.

A todos ellos me los figuro Rossinis malogrados, maestros entorpecidos en el curso de su carrera armoniosa, dulce, alada, como las notas que hacen volar de sus instrumentos. A todos me los imagino destinados á superiores oficios que el de servir de reclamos de café á las muchedumbres. Sin embargo, en días de fiesta, truenan en tales sitios como soberanos del arte callejero, ó más propiamente dicho, del arte sazonado con bifteques y tostadas.

Yo no me he extrañado nunca de que sus armonías huelan á grasa y sepan á azúcar.

La grasa y el azúcar son los dos polos del gusto de la clase media, de esa clase honrada, trabajadora, sencilla, algo vulgar si queréis, que sólo de higos á brevas, esto es, de domingo á domingo, puede darse la satisfacción de un espectáculo teatral ó de un concierto de café.

Pues para esa clase tocan principalmente estos músicos, nacidos quizás á elevarse sobre las cimas etéreas de las *sonatas* de Beethoven; pero condenados á ejecutar cancioncillas de óperas fáciles, aunque de efecto seguro.

Ignoro qué demonios ponen en aquellas cuerdas. Al primer tecléo de los dedos, á la primera restregadura del arco, por mis nervios corren relámpagos de extraños brics.

¿Ocurre lo mismo á todo el auditorio?

Creo que sí. Venios conmigo.

Entráis á primera hora de la noche en un café donde se dan raciones de cualquier cosa, con música. ¿Qué írito, qué desanimado, qué triste está aquello!

Los mozos bostezan, medio durmiéndose, sentados en una silla; en el aparador, el dueño ó la dueña hace que se entretiene, contando de nuevo los terrones de cristalizada remolacha en cada platillo, sólo acaso, junto á las mesas de los rincones, se dibuja un bulto, dos bultos, que se hablan calladito, siseando, casi amedrentados, con aspecto de aves nocturnas.

De la cocina no sale la alegre canturía de la carne que se fríe bajo una nube de olóroso humo.

Todo parece muerto. El café, que breves horas después deslumbrará con sus luces, asordará con sus ruidos, vibrará con su trajín de cenas, creyérse ahora un establecimiento arruinado, no más moderno, risueño y confortable que hórrido zaquizami de ropavejero.

Mas, llega un hombre, levanta la tapa de un mueble á modo de arcón triangular; llega otro y desenfunda un armatostillo, algo que tiene parecido con el ataúd de un niño, y aquél sentado y éste en pie, empiezan á desgranar cascadas de notas.

Transfórmase el café. Un preludio ha bastado para que los mecheros de gas resuciten de su mortecina penumbra; para que los camareros despierten, como sacudidos por un resorte, de su holgazana modorra; para que los espejos de las paredes relampagueen como lagos incendiados; para que los vasos, las botellas, las vasijas de zinc, reluxan con cambiantes y vivos reflejos, como la capilla iluminada de un templo.

Una carcajada del piano, un suspiro del violín, han sido las varillas mágicas que han llenado el café de gente.

Ya no se cabe.

En torno de las blancas mesas de mármol se ven negros cordones de personas.

Es inútil buscar sitio ni esperar turno. En todas las caras se observa la delicia de estar allí sentado. Y los parroquianos beben y rien, gritan y tocan palmas; y los camareros cruzan aquí y allá, llevando y trayendo, presurosos, jadeantes, desesperados, renegando de que al hombre no le hubiera hecho Dios con más brazos. Y entretanto, el piano y el violín, ya lentos y suaves como el cristalino hilillo de un manantial; ya desbocados y furiosos, como corceles de guerra en medio del combate, vierten sus armonías, sonriendo, sollozando, cantando, rugiendo bajo las manos del pianista, entre los brazos del violinista, al compás de la cucharilla que meneá el café con leche, y del cuchillo que despedaza una chuleta.

He ahí la virtud del arte; he ahí el poder de los músicos de café.

Pasáis por la calle, aburridos, desorientados, sin gana de nada. No sabéis á dónde ir, ni en qué emplear un rato, ni bajo qué techo preservaros de las molestias de una noche de invierno.





Las tertulias os fastidian, el hogar se os cae encima, los teatros cuestan caros y sujetan con el reglamento de sus funciones á permanecer un tiempo dado embutido en incómoda butaca.

Pero una puerta se entreabre al paso, y una oleada de acordes sonoros os envuelve, os engancha, os mete dentro. La atmósfera del café es caliente: el público del café es familiar y variado; el aspecto del café es risueño y brillante; las mesas del café invitan á tomar agradables refrigerios ó suculentos confortativos; la música, en fin, del café es bonachona y franca, lo-

cuaz y vibrante, y excita á que la escuchen como se escucha la charla sin freno, naturalota y picante de la mujer del pueblo.

Cuatro ó seis horas, con ligeros descansos, están manteniendo los músicos de café el fuego sagrado de la parroquia. Poco, muy poco ganan por estas sesiones artísticas. Según la categoría del establecimiento, y en los de buen tono no se usan pianos ni violines, así es la categoría del salario. No es una canongía, no. Le

suficiente para no morirse de hambre. De noche, concierto en el café; de día, lecciones á domicilio. ¡Así se va pasando esta miserable vida!

Sois muy estimables, camaradas, ¡oh músicos de café!

Me indigna que alguien, sin duda alguna, crítico pedante, haga un mohín de disgusto cuando os oye. Yo os encuentro excelentes, admirables, dignos de mejor suerte. Yo comprendo vuestras ambiciones ignoradas; adivino vuestras luchas en la sombra; presumo lo que haríais en otro escenario, ante otro público, con otros instrumentos. ¡Qué sueños tan hermosos habréis dejado atrás, en vuestro camino, antes de subir al tabladillo de un café cantante ó «sonante!»

Desempeñáis, aun ahí mismo, una gran misión. Popularizáis la música. El hogar madrileño encierra pocas armonías. La voz del interés, de la miseria, del negocio, déjase oír más que el canto. El café «llena este vacío»; el café donde se toca música es una escuela donde se educa el oído del pueblo.

¡Artistas de café! ¡Sois unos compañeros modestos y útiles!

Pero algunos de vosotros sois también unas de las muchas VÍCTIMAS DEL ARTE.

¡Venga esa mano!

JOSÉ DE SILES.

DOS VALIENTES

Hallábanse frente á frente
Con la pistola en la mano,
Amadeo Campechano
Y Juan Bautista Valiente.
El padrino de Amadeo,
Que es hombre de mucha chola,
Cual miembro de la Española
Y socio del Ateneo,
Dice así á los dos rivales:
«Los pasos están contados
Y ustedes dos preparados
Con armas en todo iguales.
A la palmada primera
Puede, el que quiera, enfilar;
Mas quieto, y sin disparar
Hasta que oiga la tercera.
A la tercera (que no haiga
En esto equivocación),
Disparen sin dilación
A un tiempo, y caiga el que caiga.»
Se oyen tres palmadas..... suena
Ruido de un doble disparo:
Los duelistas ¡caso raro!
Caen de bruces en la arena,
Y los padrinos, es tal
Su asombro en este momento,
Que quedan sin movimiento,
Cual dos estatuas de sal.
La doble detonación
Se oyó en un vecino prado,
Donde leía sentado
El médico de Alcorcón,
Que llega corriendo, y ve
A los dos hombres tendidos

Y de espanto poseidos
Otros dos hombres en pie.
«¡Pistolas!»—exclama.—«¡Un duelo
Y ustedes con tal reposo!»
Luego acude presuroso
A los que están en el suelo,
Y grita: «¡Muertos los dos!
Pero no encuentro lesiones,
Ni heridas, ni contusiones,
¿De qué han muerto? ¡Voto á bríos!»
El socio del Ateneo,
Rompiendo por fin á hablar,
Dice:—No pueden estar
Cadáveres y no lo creo.
—Pues lo están, bien se conoce.
—Pues eso á mí no me cuela.....
—Tan muertos como mi abuela,
Que falleció el año doce.
—Razón que no *sastiface*.....
—¡Qué satisfacción ni que
Demonios fritos! ¿No ve
Que no respiran?
—No le hace.
—¿Pero por qué?
—Porque yo
Mismo, con pólvora sola
Cargué una y otra pistola.
—¿Y ellos lo sabían?
—No.
—¡Acabáramos! Ya puedo
Explicarme á cartas vistas.....
—¿Qué?
—Que estos bravos duelistas
Han fallecido de miedo.

F. MORENO GODINO.

LA BARRENDERA



—¡Fuera, que mancho!
—dice nuestra heroína
cuando, provista de regadera
y escoba, pre-
tende dejar lim-
pio de importu-
nos el escenario.

El barrido de
los teatros ha
sido una cues-
tión más pavo-
rosa que la de
Oriente.

Sobre á qué
dependencia corres-
pondría barrer el esce-
nario, ha corrido
hasta sangre en algu-
nos teatros.

La barrendera no
quería limpiar más
que la sala y los cuar-
tos de los artistas, y
el guardarropa se ne-
gaba rotundamente á
pasar la escoba por el
escenario.

Después de amplias
discusiones y bastan-
tes *manzuzis* de uno y otro lado, como dicen los chulos,

se firmó *verbalmente* un tratado de paz entre las partes beligerantes.

El artículo más importante del tratado está concebido en los siguientes términos:

«El barrido del escenario, en las primeras horas de la mañana, á fin de que esté limpio á las de ensayo, corresponde exclusivamente á la barrendera. La limpieza de la tarde, antes ó después de que el maquinista haga *la pasada*, es obligación del guardarropa.»

Así ha quedado claramente hecho el deslinde de obligaciones de ambas potencias.

Llámase *hacer la pasada*, á poner la primera decoración que ha de servir por la noche.

Al acabar la función, los maquinistas, si el Director no les pide decoración especial para los ensayos del día siguiente, quitan los apliques ó trastos de la última del día y se marchan, hasta la hora de *hacer la pasada*.

La barrendera abre el teatro; es la primer artista que pisa el templo de Talía.

Y tiene cuarto.

No busquéis en él candelabros ni tabla, ni los dos espejos que reproducen á la tiple, por delante y por detrás al mismo tiempo; pero buscad y hallaréis una percha, dos ó tres regaderas, cuatro barreños de serrín, ocho ó diez escobas y media docena de zorros.

Al revés de lo que pasa con las tiples, la barrendera se *desasea* para trabajar.

Deja su ropita de calle en la percha y se pone la *de bregar*. Cúbrese el pelo con un gran pañuelo de hierbas y sustituye las botas por unos grandísimos y fuertes zapatos de alfombra.

La barrendera que describo ni es vieja ni fea; pero cuando está en activo, cuando barre ó sacude palcos y butacas, al son de cualquier música, de las que están más en boga en su teatro, lo mismo podría barrer, que preparar el ungüento con que hacía volar á las brujas de la Tía Marizápalos.

La barrendera toma á pechos el oficio, porque es tal, que no puede ejercerlo la persona que no esté poseída de verdadero entusiasmo y sienta en su frente los ardores del genio *de la escoba*.

Pepa—quién no la conoce en Madrid—ganó por oposición su primera plaza.

Hoy tiene, por derecho propio, *la limpieza* de tres ó cuatro teatros.

Dispone de mucho personal, que distribuye en cuadrillas, dando á cada una el nombre del teatro donde funciona.

—Oye, Pepa, ¿y la Micaelilla, por dónde anda?

—Ha ascendido; *está de anfitratros* en la Zazuela. Como que se lo merece.

—¿Y la Juliana?

—¡Ay! ¡Qué chulona! No puedo con ella.

—Bien, ¿pero dónde está?

—La he *vuelto á retretes*. ¿No quieres escoba? Pues toma rodilla. Ya que no quiere barrer, que friegue.

—Á mí me parece que lo mismo vale para un barrido que para un fregado....

—¡Como ella quiera, ya lo creo, porque como lista....



es lista!.... Sólo que uno la ha vuelto loca, *Boceras*, el compinche del revendedor, ese.... Mañana hay que en una hora la convida seis ó siete veces á media copa del anisado. ¿Y qué sucede? *que se excita*, porque el aguardiente *denerva* á la larga, y en vez de sacudir con fuerza, parece que está pintando las butacas con los zorros. ¡Ay! á mí no me dé usted mujeres sosas. Y esa Juliana se está poniendo, que ni madama Medialmendra.... Á mí deme usted sangre, sangre, mucha sangre....

Y diciendo esto golpeaba fuertemente la barandilla de los palcos, cantando: «*A la orilla del Ebro van las saragocanas*», con un brio y una voz, que para aumento de sus trimestres las quisiera Chapí en algunos teatros de provincia.

En las cuadrillas de limpieza hay siempre una *colillera*, porque en los teatros de cierto género, como el Gobernador prohíbe fumar, se fuma mucho.

En España somos así.

El día en que se mande comer de carne en Jueves y Viernes Santo, no hay católico que no se dé una buena *comida* de pescado, como ahora se la dan de chuletas más de cuatro, sin más que por el gusto de llevar la contraria.

Hecha la limpieza, la barrendera—si es de ley—se peina y acicala en el mismo teatro y se queda á los ensayos, si son generales, por si *cae algo que hacer*, ó para decirle al cabo de comparsas que cuente con sus dos hijas, y la sobrina que tiene en la cuadrilla de Novedades, para las vírgenes que necesita la obra, según le ha dicho el portero.

—Bueno—dice el cabo,—son tres y se necesitan cuatro vírgenes.

—Pues cuenta conmigo.

—¿Contigo?

—¿De qué te asustas? De noche y *pinta* sirvo pa el caso. Y si no te parece bien, vendrá *pa la cuarta virgen* mi hija la casada, que bien lo necesita, porque el tunante de su marido se lo gasta todo en vino.

Si no hay ensayos generales, ó de coros en escena, la Pepa se va del teatro, porque es lo que ella dice: «¿No estando aquí los coristas, qué hace una? No hay que llevarles *recados*, ni encargales *almuerzos*, ni presentarles á la prendera.... Pues me voy hasta la noche.»

Las barrenderas han perdido cierta importancia, desde que han invadido las floreras los escenarios.

Las citas á cenar, las declaraciones de amor, los regalitos, todo cuanto antes se confiaba á *la escoba*, hoy se fia al *florero*. Es mejor conductor efectivamente, huele mejor y tiene más poesía.

También las partes, más ó menos principales, prefieren, á la de nuestra heroína, la intimidad de las floreras.

Una clase y otra son incompatibles, y se miran con malos ojos.

Á este propósito puedo reproducir un fragmento de diálogo, que hace poco tiempo oí en pleno teatro de París:

«—Cuando te mueras, que te pongan en la caja una escoba.

»—¿Pa qué?

»—Pa que te entierren *con palmas*.

»—Eso, con no casarme.

»—A buena hora, mangas verdes.... ¡Casaban! Si estás ya medio mustia.

»—Si fuera como tú, que estás hecha de siemprevivas...

»—Porque me conservo....

»—¿Metes los pies en agua, pa dormir, como las flores?....



»—No, hija, porque tengo quien me los arrope.

»—Yo, como vivo sola.... Enviame un Don Diego de noche.

»—Sí, porque si te vea de día.... arrepentimiento.

»—Lo que tienes tú es envidia.... de mi gracia.

»—¿Como cuánta?

»—Como mucha.... Y si no, pregúntaselo al segundo apunte. Le dejé beber en mi vaso al empezar la *temporada*, bebió por donde yo pongo los labios, y *entavía* le sabe la boca á *azúcar cande*»

Aguinaldos, propinas de abonados, regalillos de los artistas en días de beneficio, y otras gangas, hacen que la barrendera pueda tener hasta un mantón de Manila que lucir en las grandes solemnidades.

De talla para honra de esta clase meritoria.

La barrendera tiene á su disposición el llavero de la casa. Ella abre y cierra todos los cuartos de los artistas.

Aun no se ha dado el caso de que por culpa de la barrendera haya faltado ni un mal par de medias de los cuartos.

Termino diciendo «adiós» á la Pepa.

En confianza. He hablado con el segundo apunte y me ha dicho que lo del vaso es verdad, y lo del *azúcar cande* también.

Como soy desconfiado, he decidido hacer prácticamente la experiencia, y.... ¡Viva la Pepa!

RAFAEL MARÍA LIERN.

LA CORTE DE LOS FELIPES

CUADROS DE COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.



El último baluarte

I.

De comunidad al grito
Castilla luchando está,
Y las huestes imperiales
Miedo tienen de cejar.
Del mosquito al estampido
Ruge airado el vendaval,
Y no hay un eco en Castilla
Que no grite libertad.

De Madrid en un extremo
Y en solitario arrabal,
Hay un caserón que tiene
Humos de torre feudal.
De su escudo acuartelado
Bien dice la antigüedad
El haberle orlado el musgo
De un lambrequín natural.
De piedra son sus paredes,
De piedra el ancho zaguan,
Y en piedra también sus dueños
Se debieron troquelar;
Pues según cuenta la fama
Desde tiempo inmemorial,
A donde llevó sus armas
La raza de los Guzman,
Por su arroyo y su denuevo
No pudo hallarse jamás
Quien resistirlas pudiera
Ni las lograra humillar.

Florido y postrer retoño
De aquel tronco secular
Era Gonzalo, el mancebo
Más bizarro y más galán

Que una lanzax quebró en guerra
Y un potro domo en la paz,
Noble y gentil su apostura,
Su rostro altivo y audaz,
Une á lo hermoso del niño
Lo indomable del titán;
Y sus bríos de tal modo
Demuestra en su escasa edad,
Que cuando su anciano padre,
Con ojos cansados ya,
Vuelve la vista hacia el hijo
Que le quiso el cielo dar,
Lleno de gozo murmura:
—Ya en mí no se extinguirá
Mi alcurnia hidalga y altiva,
Que Gonzalo es un Guzman.—

II.

No lejos de aquella torre
Su asiento una casa tiene
En que tambi n ancho escudo
Su afeja nobleza advierte.
Ni gruesos muros la cercan,
Ni anchas piedras la defienden;
Símbolo de su nobleza,
Solo a su puerta aparece
Un roble ayer corpulento,
Hoy carcomido y endeble,
Y á cuyo tronco se enlaza
Una vid, cual si quisiese,
Si no volverle sus bríos,
Cercarle con hojas verdes.
Al ver tan pobre morada,
¿Quién a decir se atre-iese
Que son sus débiles muros
Solar de los Pimenteles?
¿Mas qué mucho, si su raza,
Ayer prepotente y fuerte,
Solo está representada

Por un viejo casi inerte,
Al que lo mismo que al tronco
Que ante su casa aparece,
Una vid tierna y lozana
Su vigor volverle quiere?
¡Pobre don Tello! ¡Tu Elvira
Por débil mujer no puede
Refrescar con sangre tuya,
De tu escudo los cuarteles!
Mas no temas, pobre viejo,
Que ya en ella hijos tiene
Los ojos quien puede darte
Nietos que tu sangre hereden.

III.

De don Tello en la morada
Á un tiempo junto el azar,
De Pimentel rama y tronco,
Rama y tronco de Guzman.
Los dos viejos se sonríen,
Los mozos bajan la faz;
La vejez es maliciosa,
Tímida la mocedad.
Don Tello mira á Gonzalo,
A Elvira el viejo Guzman,
Y ambos decirse parecen:
—¡Brava pró nos han de dar!
Por fin, rompiendo el silencio,
Murmuro don Tello audez:
—Buenos rapaces, ya es hora
Que termine tanto afán;
Antes del disanto es fuerza
Vuestras bodas concertar.—
Y al de Guzman con mesura
Volviendo cortés la faz
Añadió:

—Si es que no hay nadie
Que lo quisiere aplazar.—
Y quedando satisfecho
Del viejo ante el ademán,
Iba á dar por concluida
Don Tello plática tal,
Cuando levantando el rostro
Elvira altiva y audaz,
Murmuro:

—Yo soy quien dice
Que esa boda no se hará.
—¿Tú, Elvira?—dijo Gonzalo,
Como el qué empieza á dudar—
¿Quieres romper una boda
Que era nuestro mutuo afán?
—No romperla, si aplazarla
Quiero, aunque me dé pesar,
Que hay que recordar que somos
Yo Pimentel, tú Guzman,
Y no es bien que cuando lanza
Castilla el grito tenaz
Que en defensa de sus fueros
Llama a su comunidad,
Quien tiene una espada al cinto
Y en su cuadra un alazán,
En la molicie se aduerma
De la cam- ra nupcial.
—¡Elvira!—i los tres á un tiempo
Se les oyo murmurar.
—Toma el regalo de boda—
Siguió la niña,—aquí está;
La cruz morada en tu pecho
Debe ser buen talismán,
Que la bordáron mis manos
Y húmeda en mi llanto va.
—Elvira, Elvira, tus votos
Satisfechos se verán;
Si ayer te amé con el alma,
Hoy te adoro mucho mas,
Que eres digna de la raza
Con que te vas á enlazar.—
A estas palabras Elvira

Inclinó al pecho la faz
Murmurando:—Mi Gonzalo,
No temas verme llorar,
Que si débil mujer tiemblo,
Tu valor me sostendrá.
Vé: Castilla está en peligro,
Tu brazo es fuerte y audaz;
Corre, Gonzalo, pelea;
Tu deber es pelear.—
Y sus ojos ocultando,
Deshechos en llanto ya,
Cual tronco del rayo herido
Cayó inerte en un sitial.

Poco después, de la estancia
Saliendo, el viejo Guzmán
Al volverse hacia don Tello
Solo se le oyo gritar:
—Por Dios, que nuestros abuelos
Queja alguna no tendrán.
¡Bien tu Elvira y mi Gonzalo
Pueden su nombre heredar!—

IV.

Quando la suerte es adversa,
¿Qué sirve el humano esfuerzo,
Si hasta Dios mismo parece
Negarle su ayuda al bueno?
La justicia de la causa
Fue inútil, vano el denuedo;
Villalar es la ancha tumba
De los castellanos fueros.
Se hundió el pendón de Castilla,
Gloriosos jirones hecho,
De sus más preclaros hijos
Fúnebre sudario siendo.
¡Villalar! ¡Tremendo día!
Bravo y Padilla cayeron,
Cayó también Maldonado
Y cayeron ciento a ciento
La nata de los hidalgos,
La preza de los caballeros,
Unos en la lid luchando,
Otros del verdugo al hierro.
Ya el inquieto obispo Acuña
Yace en una torre preso,
Bien aberrojado y vencido.
Mal domados sus alientos.
Ya ni una voz se levanta,
Ni turba la paz un eco;
¡Siempre la opresión buscando
En las tumbas el silencio!

Mas aun sus pliegues morados
Agita un pendón al viento
Como póstuma memoria
De una libertad que ha muerto.
Aun un puñado de bravos
Al aire dan los aceros,
Más bien la muerte buscando
Que el triunfo anhelando ciegos.
En solitaria calleja
De Madrid, en un extremo,
Está el último baluarte
De los castellanos fueros.
El baluarte es una torre,
Sus muros no son espesos,
Pero en cambio tienen fuerte
Los que le guardan el pecho.
El que los manda es un mozo
De tan indomable aliento,
Que cual corderos le siguen
Los más nobles y más viejos:
Y aunque son cortos en número,
Bien se nota en todos ellos
Esa indomable bravura
Del que está a morir resuelto.

V.

También en aquella torre
Le plugo al cielo juntar
De Pimentel rama y tronco,
Rama y tronco de Guzmán.
Los viejos estan sombríos,
Los mozos bajan la faz,
Y afuera en ronco estampido
Se oye el arcabúz tronar.
—;Estás de mí satisfecha,

Elvira?—en voz sepulcral
Dijo Gonzalo á la niña,
Mirando con tierno afán.—
La cruz que bordó tu mano
En sangre teñida está,
Que si vencer no he sabido,
Sé morir, que vale más.
La hora se acerca; el asedio
De esta torre empezó ya;
Huye, tu padre y el mío
De amparo te servirán.
—;Qué es huir?—dijo la niña;—
Ninguno de aquí saldrá;
Los viejos y las mujeres,
Si no pueden pelear,
Cuando el apellido llevan
De Pimentel y Guzmán,
Jamás volver han sabido
Ante la muerte la faz.—

Reinó en la estancia un momento
Un silencio sepulcral,
Como si todos tuvieran
Rienda suelta al llanto dar.
Solo afuera, del mosquete
El ruido ronco y tenaz
Sonaba cual la piqueta
Buena una fosa al cavar.

VI.

Pocos defensores quedan
Á aquella torre gigante,
Y, sin embargo, aun el triunfo
No está por los imperiales.
Morado pendón ondea
En su torre de homenaje.
Cual si su sombra querida
Aun á los muertos prestase.
—;Qué hacer?—murmura Gonzalo.
Ya no hay nadie que me ampare,
Y, sin embargo, la muerte
Teme venir á buscarme.
—Luchar—le contesta Elvira.—
Hasta que alientos te falten;
Que quien lleva al cinto espada
Sólo ha de rendirse exánime.—
Y después, cual si por ella
Hablara un eco implacable,
Gritó:—;Pelea, Gonzalo,
Que aun no luchaste bastante!—

Poco después en el muro
Cayó cubierto de sangre
Aquel florido retoño
Del tronco de los Guzmanes.
La muerte, su hela la huella
Imprimió ya en su semblante,
Y sin embargo, la espada
Aferra el brazo indomable.
—No temas—gritó la niña,

Besando el rostro á su amante;—
Tu promesa está cumplida,
La mía va á realizarse.
La torre por mí incendiada
Por los cuatro puntos arde.
Sus llamas serán, bien mío,
Nuestras antorchas nupciales.—

Y al decir estas palabras,
Como al soplo de un gigante,
Cayeron los fuertes muros
Para no volver á alzarse.
Y en pos de un grito de muerte,
Que resonó en todas partes,
En el más triste silencio,
Envuelta quedó la calle.
Sólo á través del chirrido
De aquellas llamas voraces,
Ronco un «¡Pelea, Gonzalo!»
Repetir pareció el aire.

VII.

De aquella torre, en la villa
Ni leves vestigios quedan,
Que muy pronto sus solares
Dieran paso á una calleja.
Hay quien dice que un alcalde
Un rótulo puso en ella,
Queriendo de aquella hazafia
Hacer la memoria eterna.
Mas ¿qué no borran los años?
¿Qué gloria el tiempo no merma?
¿Y quién á tanta distancia
De tales hechos se acuerda?
Donde estuvo aquella torre
Hoy nadie sabe siquiera,
Y hay quien por dudarlo todo
Pone en duda su existencia.
En cambio, tampoco falta
Quien cuando á su paso encuentra
Alguna de estas que muchos
Tienen por vanas consejas,
Siente palpar el alma
De santo respeto llena,
Y una memoria consagra
Á las glorias madrileñas.

ANGEL R. CHAVES.



F. Alberti

LA VENTA DE ERITAÑA

(HISTÓRICO)

Sólo secos rastrojos cubren las llanuras que cercan á Sevilla; el verde tapiz que tendió sobre ellas la primavera, agostólo el verano con su hálito de fuego. Un sol ardiente luce en el cenit, y sus hirvientes rayos caen como derretido oro sobre los campos.

Por el camino que conduce á Dos Hermanas avanza hacia Sevilla un anciano, sofocado por el calor y secas las fauces por abrasadora sed.

En vano acelera el paso para llegar á un ventorrillo en que poder saciarla; el único que existe hallase á gran distancia. Divisalo á lo lejos, ya cerca de la ciudad, y es el conocido por la *Venta de Eritaña*.

«Y en verdad que la tal venta es famosa en todos aquellos contornos! El séptimo Fernando, con ser rey, y rey absoluto, no ha podido evitar que sea el puesto avanzado, con respecto á la ciudad, de caballistas, salteadores, contrabandistas y demás gente poco aficionada á cumplir con la ley. Cierzo que S. M. (q. D. g.) no se preocupaba mucho de esto, que sobrado tiene con pensar en los pícaros constitucionales, que quisiera ver, por lo menos, en los profundos y candentes infernos.»

Así iba pensando el sediento viajero, cuando llegó al mencionado ventorro, que no era otra cosa que una miserable casuca, á cuya espalda se extendía un huertecillo cercado por higueras *chumbas*, y dentro del cual crecían porción de naranjos, granados y limoneros.

Penetró en ella, y, como presentía, halló la tabernilla ocupada por sus asiduos parroquianos, que no eran otros que esos pacíficos ciudadanos que usan un trabuco *naranjero* á guisa de bastón.

Dirigióse al tabernero, que despachaba *cañas* tras el mostrador, y pidióle un vaso de agua. No hizo caso éste, y siguió atendiendo á los de las patillas de *bocajacha*. Insistió de nuevo el viejo, y un «¡Váyase enhóramale!» fué la única respuesta.

Pidió por el amor de Dios, y no había concluido de hacerlo, cuando dos fuertes empujones pusieronlo á la parte afuera.

Quedó otra vez en el campo el sediento caminante, lanzó amenazadora mirada al ventero, que le sonreía estúpidamente, y con toda la rapidéz que le permitían sus débiles fuerzas, se dirigió á la ciudad.

Conforme iba andando, forjaba en su mente un plan de venganza, que sirviese de escarmiento á los malos y de ejemplo digno de imitar á los buenos.

¡El, que en medio del camino había dado hasta su último ochavo á un pobre para que satisficiera su hambre! ¡El, que poseía fincas en Triana, cualquiera de ellas de más valor que aquella miserable ventilla, verse arrojado como un perro cuando iba muerto de sed, ¡por parecer pobre!... por el mismo que atendía solícito á unos ladrones!... ¡Ya vería el mozo con quién había dado!... Y apenas aplacó la sed en una taberna de la Puerta del Arenal, atravesó el puente de barcas é internóse por las calles de la alfarera Triana.

No tardó mucho en repasar otra vez el puente y penetrar en la ciudad, llevando bajo el brazo varios rollos de papeles. Entró y salió con ellos en oficinas curialescas, fué y vino en compañía de corredores de fincas, y aun no se había puesto el sol, cuando era dueño de la *Venta de Eritaña*, si bien á cambio de una de sus mejores propiedades, que los antojos siempre cuestan.

En unión de dos alguaciles y tres soldados, emprendió el camino de *Tablada*;

llegó al ventorro, y apenas asomaron por sus puertas los representantes de la ley, era de ver cómo saltaban contrabandistas y secuestradores por los bardales del huertecillo y huían por la llanura como conejos á la vista de galgos.

—¡Ese es el encubridor de los ladrones!—gritó á los guardias, señalando al tabernero, que, con espantados ojos, contemplaba al vejete, á quien pocas horas antes negara un vaso de agua. Ataron los soldados al ventero las manos á la espalda y lo llevaron á Sevilla. Entretanto, el nuevo dueño de la *Venta de Eritaña* colocaba con sus propias manos á la puerta de la casa una tinaja, sobre cuya tapa descansaba un jarro, y por encima de ella



escribía en la pared: *Do aquí pueden beber todos los pobres caminantes.*

Los tiempos todo lo cambian; hoy no existe la antedicha tiraja, y apenas queda una habitación del antiguo edificio: en cambio, el abandonado huerto vese convertido en precioso jardín, sembrado, no sólo de nardos y rosales, granados, naranjos y limoneros, que con sus flores aroman el ambiente, sino de artísticos kioscos y merenderos, dentro de los cuales ocultan los sevillanos

sus alegrías en días y noches de bulliciosas fiestas, en las que se derraman á porfía el vino, la gracia y el dinero.

Lector, si alguna vez te hallases esparciendo el ánimo en esta clásica venta de la ciudad del Betis, é implorase tu caridad algún desheredado de la fortuna, alárgale un vaso lleno del líquido que habieres, siquiera sea en recuerdo de aquel caritativo anciano que dió una de sus mejores fincas por aquella, tan sólo por practicar una de las obras de misericordia. *Dar de beber al sediento.*

JOAQUÍN ALCAIDE Y ZAFRA.

OBRAS SON AMORES Y NO BUENOS ACTORES

Este refrán del inolvidable Paro Arderius, es una verdad probada. Arderius conocía bien el negocio y al público.

El Ayuntamiento de Madrid, que se ha de comer la tierra, anunció el arriendo del Teatro Español.

Es decir, dió á luz el pliego ó el pliegue de condiciones para el arriendo.

Pero no hubo víctima de primera intención. Ni por curiosidad pasó un aficionado por la Plaza de la Villa.

Para el examen y aprobación de las listas de Compañía nombró un jurado, compuesto de varios autores, críticos y aficionados.

Los señores nombrados no quisieron cargar con el mochuelo literario-municipal, y la comisión acudió al almacén, ó sea á la Asociación de Escritores y Artistas, para que proporcionase un jurado completo en buen uso.

[Misión delicadísima]
De llenarla á conciencia, hubiera debido examinar el tribunal parte por parte y artista por artista.

Pero sobre el terreno, en la misma cancha municipal.

Llamando por lista á la prueba, y declarando por votación la utilidad ó inutilidad de la actriz ó del actor.

—¿A ver, la señorita Gómez, por ejemplo.

—¿Señorita Gómez!—gritaría un macero de tanda, desde la puerta del salón de sesiones del jurado.

—Presente.

—Que pase á la prueba.

—¿Petronila Gómez?—preguntaría el Presidente, que por la suma de conocimientos útiles que poseen casi todos ellos, hubiera sido algún concejal.

—Servidora de usías.

—¿Apéese usted, Petronila. Usted es la que dice ser primera actriz para el Teatro Español?

—Lo digo y lo probaré.

—Eso es lo que el tribunal quiere: que usted lo pruebe, porque aquí se juega limpio y no hay odiosidades, ni parcialidades, digan lo que quieran los periódicos.

—¿Ah! calle usted.

—¿Por qué, niña?

—La prueba es muy injusta; en algunas ocasiones aplaude, pero, en lo general, no ayuda á los artistas.

—Eso que usted dice, ya se ha visto con nosotros. Pues bien, señorita; puesto que parece que tiene usted algún juicio, recitenos cualquiera cosa, bien sea de verso ó bien en lengua corriente. Ya conocerá usted á estos señores, ¿eh? Pérez, Vazquez, Rodríguez.

—Ya lo creo.

—Y estos otros señores, así, sucesivamente. Conque, vamos, recitenos usted cualquier epasaje de drama y otro de comedia «simultáneamente».

Y la actriz, tomando carrera, se habría lanzado á los espacios del arte, «apócrifa, silenciosa, vomitando escenas.

Después el primer actor.

—Pasa—le hubiera dicho el portero,—que esperan los señores epóritos para probarlo.

—¿Usted tiene repertorio?

—Me parece que al cabo de los años que llevo de ejercicio, habré representado algunas comedias en este mundo.

—¿Caramba! Bien, pero nosotros cumplimos con nuestro deber, y no se extrañará usted...

—Digo que me satisface probar mi suficiencia. ¡Ojalá se extrañara por omisión en todas las corporaciones, y otro pelo tendría el arte!

—Hombres, en todas no; porque si hubiera oposiciones para concejal, ¿adónde iríamos á parar?

—Hay y á las órdenes de usías.

—¿Usted conocerá á todos estos señores, mis compañeros de tribuna?

—¿Quién no conoce á genios tan conocidos?

—Gracias por todas.

—En literatura escrita, en literatura hablada, en ciencia instantánea, cada cual en una especialidad, se ha conquistado un nombre envidiable.

—Bien, pues recite usted cualquier trozo escogido de obra, ya clásica, ya de rísa; por fin, lo que usted recuerde; pero con actitudes y todo, ¿eh?

Cuando el artista probado hubiera satisfecho los deseos de los señores del tribunal, habría dicho el Presidente en voz alta:

—¿Útil para el servicio dramático!

—En otros espectáculos también se practica la prueba—me decía un aficionado á concejal.

—Justamente—añadí,—en las corridas de toros, la prueba de caballos.

El artista á prueba no ofrece duda de si está maduro. Admitido, puede decir muy alto que es actor probado.

Con cuanta fuerza declamaría en algunas obras, en qué estuviese así escritor: «Tengo pruebas!»

Verdad es que la prueba resultaría un tanto mortificante, como el examen y aprobación de las listas con esa publicidad municipal.

Pero el Ayuntamiento es el amo de la casa.

Los teatros en París, por ejemplo, y particularmente el Francés, cuentan siempre con los mismos actores, hasta que éstos pasan á la escala de reserva.

Y cuentan con obras nuevas, porque los autores saben que no ha de faltar cuadro para interpretarlas, y escriben sobre seguro.

Y aun á la medida pueden escribir, puesto que conocen á los actores que han de formar la Compañía, como en años anteriores.

Aquí, exceptuando el teatro modelo que dirige Emilio Mario, no saben los autores á qué atenerse, hasta Septiembre ó Octubre.

Y particularmente, respecto al Español.

¿Quién sabe, hasta última hora, si ha de haber Compañía dramática ó novillos embolados? Así ha ocurrido varias veces que un autor escribe, pensando en una actriz, un drama en que la protagonista era la princesa de Eboli, por ejemplo.

Pero en aquella temporada no estaba contratada la actriz, sino un actor de fuerza.

Y el autor, ó se guardaba su obra ó había de hacer de la princesa un príncipe el de Eboli, su esposa, ó, si no agradaba el tipo al eminente, el del general Espartaco, espongamos.

Por lo cual, la Empresa del teatro Español cuenta siempre, al empezar la temporada, con obras de nuestros primeros padres; digo, de nuestros primeros autores; pero cuenta sin la huéspeda.

Esto, aparte de la *mise en scene*, que es *Mis-eria* y compañía, espanta á los autores.

Como que *no* será teatro, y menos Español, mientras dependa del Ayuntamiento.

Un teatro de propiedad del Municipio de Madrid, podría ser «Matritense», pero no Español.

¿Y ahora que autoriza el pliego la representación de traducciones, que, aunque sin autorización, siempre las han representado, no constaba oficialmente tal derecho!

En cambio, no podrán representar juguetes, según el pliego, sino en un acto y sin perjuicio de banderilear, en la misma noche, algún drama.

Lo que se dirían los *consejeros literarios* del Ayuntamiento:

—Para juguetes, ahí están el Bazar de la Unión, el Bazar X y otros establecimientos; dramas de muerte y caiga el que caiga.

Per fin los que han caído son del oficio; del oficio dramático.

Pepe Maza y Wenceslao Bueno, dos actores ambos buenos y llenos de fe y entusiasmo. Séales el arte ligero.

Es decir: Que salgan de su empresa como merecen por su buena voluntad y méritos.

Condiciones les sobran, deseos no les faltan. público tampoco ha de faltarles, si le llaman. No sobra más que el Ayuntamiento.

LA PEOR SOLUCION

¡Oh, cuánto puede un gato forastero,
Y más siendo galán y bien hablado,
De pelo rizo y rabo enortijado!

LOPE DE VEGA.

Micifuz, hermoso gato
Humilde, de amable trato
Y de buenas intenciones
(Por más que en cazar ratones
Se entretuviera algún rato).
Fué á ver en cierta ocasión
Al tejado, á Zapirón,
Un amigo que tenía,
Y á quien dicen que quería
Con todo su corazón.

El que á Zapirón le uniera
Esta profunda amistad,
No obsta para que aquél fuera
El gato más calavera
De toda la vecindad.

Siempre tenía pensada
Alguna mala jugada
O alguna infame partida.
Pues donde él iba, en seguida
Estaba la gresca armada.

Eran los gatos casados
Por Zapirón ultrajados
Tantos, que con fundamento

Creo yo que, á ser contados,
Excederían de ciento.

Tal fué siempre Zapirón,
Y á este solemne bribón
Fué Micifuz ¡inocente!
A ver en cierta ocasión,
Y le dijo lo siguiente:

—Tengo por necesidad
Y contra mi voluntad
Que hacer un viaje algo largo,
Y fiado en tu amistad
Te voy á dar un encargo.

—¿Cuál?

—Que cuides de mi esposa,
Que observes si está celosa
De la ausencia de su esposo,
Y que veas, cauteloso,
Si falta en alguna cosa.

¿Lo harás así?

—No que no,
Zapirón le contestó.
Lo que es por eso, descuida,
Y Micifuz en seguida

Tranquilo el viaje emprendió.

¿Qué halló de nuevo al volver?

Lo que él no había pensado
Que pudiera suceder.
¡Que se le había fugado
Con Zapirón, su mujer!

Maldijo la ligereza
De su amigo, y tal tristeza
Le ocasionó este deslíz.
Que se tiró de cabeza
Á la calle, el infeliz.

No halló remedio mejor
Para mitigar sus males.
Y ahora, vea usted, lector,
Cómo el hombre es superior
A todos los animales.

A mí, en caso parecido,
Se me hubieran ocurrido
Trescientas mil soluciones.
¡Pero suicidarme! ¡Nones!
¡Lo que es yo no me suicido!

ALBERTO CASAÑAL.

VISTAS DE ESPAÑA



ZARAGOZA.—EL PASEO DE LA INDEPENDENCIA.

(De fotografía de los Sres. Hauser y Menet.)

BRETÓN DE LOS HERREROS

[EFEMÉRIDE LITERARIA] (1)

En 24 de Octubre de 1824, el *Diario de Madrid* publicaba el siguiente anuncio:

«TEATROS.—En el del Príncipe, á las siete de la noche, en celebrad del cumpleaños del Rey nuestro Señor (Q. D. G.), estará el teatro iluminado, y se ejecutará la función siguiente. Se dará principio con una sinfonía: en seguida se representará la comedia nueva, original, en tres actos, titulada *Á la vejez viruelas*; á continuación se bailará *el bolero*, por María Vives y Pedro González, y se finalizará el espectáculo con la comedia nueva, original, en un acto, titulada *Virtud y reconocimiento, ó la entrada del ejército francés en Madrid.*»

Un ilustre literato, don Juan Eugenio Hartzenbusch, recordando aquella fecha, decía en un prólogo, veinticinco años más tarde:

«La comedia titulada *Á la vejez viruelas* obtuvo li-sonjera acogida. Testigo fué un joven, de diez y ocho años entonces, que sólo pisaba el teatro de tarde en tarde, porque su padre no era aficionado á recreos, que sobrè ser costosos, acababan cerca de media noche. Todavía recuerda bastante bien este testigo la traza del tea-

tro y el aspecto general de la concurrencia en aquella ocasión. La embocadura, más estrecha que la que tiene ahora el Teatro-Español; unas pilastras estriadas jónicas á los lados; un enorme escudo de talla, con las armas reales en medio del arco; en el telón, deslucido ya y roto, una alegoría muy bien pintada, Minerva, mandando á los genios de las Artes colocar en el templo de la Fama los retratos de los ingenios españoles. Palcos divididos con pared; antepechos altos; sobre el sitio

destinado á las mujeres, llamado *cazuela*, el palco real, descubierto, colgado y con el retrato de Fernando VII; todos los espectadores con el sombrero en la mano; en las lunetas, algunos con el uniforme de gala; capas y chaquetas en galerías y patio; pocos guantes, poco lujo en lo general del auditorio; en el ornato del techo ninguno; la iluminación de cera constituía el lujo de aquella noche. Alzóse el telón: aparecieron en el tablado Joaquín Caprara y Gertrudis Torre (los actores no usaban *Don* en aquella época); hicieron una profunda reverencia al retrato del Rey, y la actriz principió diciendo.....»

No entra en mis propósitos el examen de una obra, que el autor, poco antes del término de su vida, disponía que, en unión de otras, fuese eliminada de la colección selecta de las suyas. Pero, ¿quién era el autor de la misma? Don M. B. de los Herreros; un joven desconocido, que días antes había solicitado la protección del Director de escena de aquel teatro, Joaquín Caprara.

Los aplausos del público sancionaron, como queda dicho, aquel ensayo, y poco á poco se fué conociendo la



DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

biografía del autor. Se supo que había nacido en Quel, provincia de Logroño, en 19 de Diciembre del año 1796; que había estudiado en las Escuelas Pías de Madrid; que, huérfano de padre, y recogido por un tío suyo, su carácter independiente le había hecho separarse de la familia y sentar plaza en 1812; que había combatido con gloria contra el invasor francés, y que, después de nueve años, sólo había logrado coser á su uniforme los galones de cabo, más feliz en esto que Cervantes y Calderón de la Barca, que no pasaron de soldados distinguidos; que después había servido algunos modestos cargos administrativos, y pertenecido á varias sociedades patrióticas, y que sus verdaderos apellidos eran Bretón de los Herreros.

Pero, á partir de la noche del 14 de Octubre de 1824,

(1) Entre los originales que, por falta de espacio, no pudieron insertarse en el número anterior, figura este artículo; observación que hacemos, tanto por haberse retrasado la oportunidad de la efeméride, como por haber sido tratado el mismo asunto por nuestro ilustrado colega *El Liberal*, que viene consagrando muy curiosos trabajos á las efemérides de carácter literario.

ofreciese al autor una sola y envidiable carrera con el cultivo de la literatura dramática, que compartió con el desempeño de algunos cargos públicos, como oficial del Ministerio de Hacienda, director de la *Gaceta de Madrid* y administrador de la Imprenta Nacional, bibliotecario de la Nacional y académico y secretario perpetuo de la Real Academia Española. En 1870, se colocaba en su casa natal una inscripción conmemorativa, y aquel testimonio de admiración, tributado en vida á un ilustre escritor, está esperando todavía su complemento en la erección de una estatua, como propuso á raíz de su muerte, ocurrida en Madrid en 8 de Noviembre de 1873, el periódico *La Gaceta Popular*, que dirigía á la sazón el autor de estos renglones, por iniciativa de D. José Fernández Bremón. El pensamiento, que tuvo desde el primer momento la más entusiasta acogida, habriase realizado, sin duda, sin la terminante negativa de la familia del gran poeta; pero el germen quedó sembrado, y más ó menos tarde fructificará, porque Bretón de los Herreros, menos conocido y apreciado por sus contemporáneos de lo que ha de serlo en la posteridad, deja escrita en su extenso repertorio la historia de las luchas políticas y de la evolución social española en la primera mitad del siglo XIX. Inimitable pintor de caracteres, maestro en el bien decir, conocedor profundo del lenguaje, versificador lleno de osadías, Bretón de los Herreros es una elevadísima personalidad literaria, que sucede en nuestra historia á Moratín, mejorándole, después del larguísimo período cerrado con la muerte de Tirso de Molina. Por desgracia, todavía no se vislumbra en el teatro cómico español quién haya de recoger la herencia de Bretón de los Herreros.

Para completar esta esmerada literatura, creemos lo único procedente consignar los títulos de la producción original del gran escritor, muchos de los cuales habrán de recordar, sobre todo á los viejos, deliciosos momentos de su vida:

Á la vejez viruelas.—*Los dos sobrinos ó la escuela de los parientes.*—*Achaques á los vicios.*—*Á Madrid me vuelvo.*—*El ensayo.*—*El rival de sí mismo.*—*El ingenio.*—*El templo de Himeneo.*—*La sorpresa.*—*La falsa ilustración.*—*Romeo y Julieta.*—*Marcela, ó ¿á cual de los tres?*—*El músico y el poeta.*—*El templo de la gloria.*—*El triunfo de la inocencia.*—*Un tercero en discordia.*—*Un novio para la niña.*—*Los carlistas en Portugal.*—*Elena.*—*El hombre gordo.*—*Meropa.*—*Todo es farsa en este mundo.*—*El plan de un drama.*—*Otro diablo predicador.*—1835 y 1836, *ó lo que es y lo que será.*—*Me voy de Madrid.*—*La redacción de un periódico.*—*El amigo mártir.*—*Las improvisaciones.*—*Una ás tantas.*—*¡Miserete y verás...!*—*Don Fernando el emplazado.*—*Medidas extraordinarias, ó los parientes de mi mujer.*—*Ella es él.*—*El poeta y la beneficiada.*—

El pro y el contra.—*El hombre pacífico.*—*Flaquezas ministeriales.*—*El ¿qué dirán? y el ¿qué se me da á mí?*—*Un día de campo.*—*El novio y el concierto.*—*No ganamos para sustos.*—*¡Una vieja!*—*Vellido Dolfos.*—*El pelo de la dehesa.*—*Lances de carnaval.*—*Pruebas de amor conyugal.*—*La ponchada.*—*El cuarto de hora.*—*Dios los cria y ellos se juntan.*—*Cuentas atrasadas.*—*Mi secretario y yo.*—*¡Qué hombre tan amable!*—*Lo vivo y lo pintado.*—*La pluma prodigiosa.*—*La batelera de Pasajes.*—*La escuela de las casadas.*—*El editor responsable.*—*Los solitarios.*—*El carnaval de los demonios.*—*¡Estaba de Dios!*—*Un navio á pedir de boca.*—*Un francés en Cartagena.*—*Por no decir la verdad.*—*Finesas contra desvíos.*—*Una noche en Burgos.*—*Pascual y Carransa.*—*La independencia.*—*Á lo hecho, pecho.*—*¡Cuidado con las amigas!*—*Aviso á las coquetas.*—*La Minerva, ó ¡lo que es vivir en buen sitio!*—*Don Frutos en Belchile.*—*Frenología y Magnetismo.*—*Mi dinero y yo.*—*Errear la vocación.*—*Un enemigo oculto.*—*Memorias de Juan Garcia.*—*El intendente y el comediante.*—*La hipocresía del vicio.*—*Los tres ramilletes.*—*¿Quién es ella?*—*Una ensalada de pollos.*—*Por poderes.*—*La escuela del matrimonio.*—*El novio pasado por agua.*—*El valor de la mujer.*—*La cabra tira al monte.*—*El duro y el millon.*—*La niña del mostrador.*—*¡Por una hija!*—*Cosas de Don Juan.*—*Al pie de la letra.*—*El Ebro.*—*¡Mocedades!*—*Entre dos amigos....*—*Elvira y Leandro, ó el premio.*—*El peluquero y el cesante.*—*La hermana de leche.*—*Entre Santa y Santo....*—*Marta y Leonor.*—*Cuando de cincuenta pases....*—*El abogado de pobres.*—*Los sentidos corporales.*

Tales son las producciones originales del inmortal autor, y á las cuales hay que añadir, según el inteligente colector de las mismas, y sobrino del gran poeta, D. Cándido Bretón y Orozco, 64 traducciones y 10 refundiciones; 387 composiciones poéticas; más de 300 artículos de crítica literaria y musical, y 326 de sinónimos castellanos.

Comenzados estos párrafos con algunos autorizadísimos del eminente Hartzenbusch, no me juzgo digno de terminarlos con una síntesis de propia cosecha; por eso, recurriendo al copioso tesoro que nos legó el autor de *Los amantes de Teruel*, me limitaré á copiar:

«.....Hallar el teatro español sin vida y ser el primero á resucitarle; dar á la literatura una especie de drama nuevo; recoger laureles en todas; enriquecer el idioma con frases agudas y significados ingeniosos y peregrinos; conquistar para la poesía un tesoro de rimas indóciles; ocupar los tablados y embargar la voz de la fama desde Palma á Cádiz, de Méjico á Chile, no es ciertamente un destino infeliz. El público oyente ha exigido á veces mucho del Sr. Bretón, porque le tenía en mucho, y su severidad era señal de aprecio: el público, lector, siempre le ha sido fiel y benévolo.....»



¡Ay, cuándo llegará el día,
Cuándo llegará la hora

De ir á zurrar á los moros
Y á camelar á las moras!....

MENUDENCIAS

SIMBOLISMO

En un lugar solitario, iluminado por la luna, se ve á un hombre que huye, llevando la bolsa y ropas de un joven á quien acaba de herir con un puñal, que muestra en una mano. Dos divinidades persiguen al culpable: una llevando una antorcha y otra una balanza y una espada.

CUADRADO DE ESTRELLAS

```

* * *
* * *
* * *
* * *
    
```

Léase vertical y horizontalmente:
Nombre de mujer.—Nombre musical.—Lo impalpable.—Nombre de mujer.

TERCIOS DE SÍLABAS

```

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
    
```

Sustitúyanse las estrellas por letras, de modo que la primera combinación dé, horizontal y verticalmente, tres nombres de mujer, y la segunda otros tres nombres de varón.

La educación de la mujer debe ser la más perfecta, puesto que cada madre es una escuela.

MICHELET.

Se llega más pronto al objeto deseado, andando despacio, con paso seguro, que corriendo y tropezando á cada instante.

Los hombres son como el vino: al envejecer se agrian ó mejoran.

Cuanto más pesada es la caja del avariento, más ligero es el dolor de los que le heredan.

elolyaeaoiletrrrpnmng

Formar con las veinte letras que anteceden los nombres de cuatro célebres caudillos liberales.

FUGA DE CONSONANTES

.io. .a .ca.o .o. .e.o. .e .o. .i.o.
.a.a .a. .a.i.a. .e .a. .a.e.
.e.ou.d

Cuatro letras sólo—en nombrarme empleas,—y aunque tan chiquita—mi fuerza es inmensa,—y es mi poder tanto,—que, si no existiera,—no lograra el hombre—su vida en la tierra.—El que no me tiene—con ansia me anhela,—y cuando le sobre—de fijo se queja.—Para todo valgo,—en todo me emplean,—y vengo de lo alto—é en bajo me encuentran,—y por poseerme—los unos me encierran,—los otros á puntos—distantes me llevan,—y el que no me logra,—se muere por fuerza.

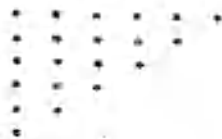
CHARADAS

Tres dos primera Madrid
En el año de cuarenta;
Para llegar á dos prima
Faltan cerca de cincuenta.

Llamé á Perico, el lacayo,
Y le dije: ¿Qué hora es?
—La precisa de dos tres.
—Pues entonces, como un rayo
Tres primera la total,
Que en dos primera tercera
Me voy encontrando mal
Cuando se me aguarda fuera.

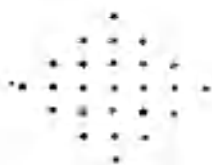
La primera y la segunda
La tienes tú como yo,
La tercera en una huerta
Y el todo á su alrededor.

TRIÁNGULO



Léase vertical y horizontalmente:
Nación.—Infinitivo.—Indicativo.—
Artículo.—Otro infinitivo.—Preposición.

ROMBO



Léase horizontal y verticalmente:
Vocal.—Verbo.—Adjetivo.—Nombre geográfico.—Nombre de mujer.—Ave.—Vocal.

DERECHOS RESERVADOS.

JEROGLÍFICO



CUADRADO NUMÉRICO

4	6
7	5

Llenar con números los cuadros vacíos, de modo que sumadas horizontal y verticalmente las columnas, den por resultado 20.

SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚM. 18.

AL ACERTIJO:

- ROMA
- LISBOA
- LONDRES
- BRUSELAS
- PARIS
- BUDAPESTH

AL TRIÁNGULO:

- PEPINO
- EPIRO
- PITA
- IRA
- NO
- O

A LAS CHARADAS: Ca-ma-rón.—A-de-la.

AL JEROGLÍFICO: El hombre es niño antes y después de ser hombre.

AL ANAGRAMA: Aristoteles.

Han remitido soluciones los lectores siguientes:

Lucas G. Arce, de Madrid; Eduardo F. Queraltó, de id.; Juan González Tapia, de idem; Ernesto Roselló, de id.; Julián y José Luis Palacios, de id.; Luis Reguera, de idem; Matilde Pujol y Huguet, de id.; José María Huidobro, de id.; Tolín y Heredia, de Oviedo; Francisco Serrano Conde, de Bilbao; Joaquín Palomares, de Málaga; José María Rubio, de Bilbao; Eusebio Arcil y Díaz, de Sevilla; Jorge Cámara Carrón, de Valencia; Jerónimo Cid, de Jerez; J. C. R., de Valladolid; *Avante*, de Carmona; Diego Utrera, de Cartagena; Celestino Olivier, Carmelo Sánchez, Luis Fernández, de Madrid; Bartolomé Álvarez Puerto, de Jerez; Delfín Mein Estévez; Emilio Belmaos, de Madrid; Diego Adame, de idem; Florencio Gutiérrez, de id.; Ole y Solana, de Valladolid; Angel Novejarque, de Valencia; José Dieguez, de Toledo; Marichis, César Corpus, Dolores Robles, de Cádiz.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyras».